SALUSTIO

LOS
ORIGENES SECRETOS
DEL
BOLCHEVISMO

KARL MARX Y ENRIQUE HEINE

(TRADUCCION ESPAÑOLA)

EDITORIAL "ESPERANZA"
MÉXICO
1990

Al Duque Pozzo Di Borgo,

digno heredero de un gran nombre

de la contra-revolución.

Homenaje de uno de sus colaboradores

del Instituto Antimarxista de París.

Salluste.

París, 1929.

PROLOGO

No es fruto este libro de un designio premeditado, ni se escribió conforme a un plan de antemano concebido: es el resultado de circunstancias sucesivas, casi independientes de la voluntad del autor. Esto explica la forma desacostumbrada en que se presenta al público.

En el transcurso del año 1927 tuve ocasión de dar una serie de conferencias en el Instituto Antimarxista de París, sobre los orígenes secretos del bolchevismo, materia poco conocida, aun de los que cultivan este ramo. La verdadera figura de Karl Marx, conspirador genial, más que sociólogo, apareció con un vigor inesperado. Se me instó para que la fijara en un trabajo definitivo, en vez de dejarla esfumarse poco a poco en la memoria de mis oyentes, como ha sucedido con tantos puntos históricos que he tratado sólo de palabra. Condescendí con la instancia y en la *Revue de Paris,* publiqué cuatro artículos (del 1[9] de junio al 15 de julio 1928) que llevaban por título: "Enrique Heine y Carlos Marx".

Para estos artículos no pude aprovechar sino una mínima parte de lo sustancial de las conferencias dadas en el Instituto Antimarxista, que abarcaban la historia del comunismo hasta nuestros días. Como se verá más adelante, trátase principalmente de Karl Marx y de sus inmediatos precursores. **Al** escribir este libro no podía prever la polvareda que había de levantar en determinado círculo de la opinión pública, ni las réplicas provocadas por destemplados ataques.

Reconozco y agradezco, como es debido, la notable imparcialidad del Director de la *Revue de Paris,* conde de Fels, excelente sociólogo y generoso director de revistas. En varias ocasiones, su ilustrado eclecticismo ha puesto las columnas de su Revista al servicio

de los teóricos avanzados que figuran en los partidos actuales, con virtiéndola de esta suerte en campo abierto a todas las ideas que se disputan la adhesión de los intelectuales. La *Revue de Paris,* como dijo, en reciente discurso, Poincaré: "es la imagen de Francia en le tras de molde".

Sin apartarse del terreno de los hechos, presentaban mis artículos conclusiones vigorosas. A pesar de todo, el conde de Fels los acogió, limitándose a pedirme el sacrificio de dos o tres párrafos que pudieran ocasionar disgusto a algunos lectores de distinta opinión. En este libro aparecen en el lugar que les corresponde, no porque tengan una importancia decisiva para probar mi tesis, sino por la sencilla razón de que todo libro de doctrina es forzosamente un acto político y social y no puede ser, como la *Revue de Paris,* un salón abierto a controversias corteses.

Por otra parte, no preveía que mis artículos iban a provocar una polémica. Son incontestables los hechos que cito y, en su mayoría, conocidos de los especialistas; su principal originalidad consiste en su presentación y en las conclusiones que deduzco de ellos. Grande fue, pues, mi sorpresa al enterarme del enorme descontento que habían producido entre los israelitas y que este descontento se hacía manifiesto en una réplica apasionada de un contradictor de alto vuelo, el rabino Mauricio Liber, profesor de la Escuela Rabínica de París y encargado de un curso en la Escuela de Altos Estudios.

Más adelante hallará el lector el vehemente artículo del rabino Liber que publicó la *Revue de Paris,* con la misma imparcialidad con que había publicado los míos. Huelga aquí todo comentario por que lo refuto, sin omitir detalle, al fin de este volumen.

Pero al margen del debate, se me ofrecen algunas reflexiones que cuadran bien en este Prólogo.

La primera es que hay pocos fenómenos tan desconocidos de nuestros contemporáneos como el nuevo cariz que presenta la ya vieja cuestión judía; aspecto nuevo que nació hace ya ciento cincuenta años, si atendemos a los orígenes de su evolución, y de un modo definitivo, desde el comienzo del siglo XX. Al tratar esta cuestión, los que no son judíos, tanto en Francia como en el resto de Europa, la consideran como étnica y religiosa a un tiempo mismo. No puede negarse que en cuanto a los tiempos pasados, están en la verdad; pero

no sospechan siquiera que el factor religioso ha desaparecido casi por completo, que propiamente hablando, ya no hay religión judía.

Ha desaparecido la religión judía bajo la influencia de la filoso fía materialista del siglo **XVIII** que hizo mayores y más profundos es tragos en el pueblo de Israel que en los pueblos cristianos. Esta co rriente filosófica, como se verá en la respuesta al rabino Liber, encon tró ciertas afinidades lejanas en la raza judía, en sus orígenes po **líticos** e intelectuales. La propaganda de los *Maskilim,* en el siglo **XVIII,** en el seno de las comunidades judías, continuada por Leopol do Zunz y sus amigos en el XIX, removió sin dificultad el viejo fondo del materialismo semítico. Al contrario del mundo cristiano, la auto ridad religiosa judía y las escuelas rabínicas ofrecieron poca resisten cia a esta evolución y no pocas veces la secundaron. No se dejaron esperar las consecuencias. Israel ha renunciado a su fe en el Mesías que había de venir y que prestaba cierta melancólica grandeza a este pueblo, después de su dispersión. Desde hace unos treinta años, ha repudiado al mismo Jehováh, el Dios personal de la Biblia y del Tal mud. En cambio, la escuela filosófica materialista que ha tomado la dirección de casi toda la nación judía, le ha dado una fe nueva: la creencia en un Mesías impersonal, no encarnado, identificado con el mismo Israel, que ha de triunfar, política y socialmente, de todas las naciones y sometérselas todas; algo así como aquel genio de Roma a quien, en los últimos tiempos del Imperio, adoraban los romanos.

En este libro verá el lector de qué manera esta fe nueva, que bautizo con el nombre de *"neo-mesianismo",* ha dado origen al comu nismo revolucionario de Carlos Marx. Mi designio, en un principio, se limitaba a explicar los orígenes de un fenómeno social que llena de espanto al mundo; pero la inesperada agresión del rabino Liber me ha obligado a tratar con más amplitud el asunto.

Comprendo perfectamente que las autoridades rabínicas no ven con buenos ojos que nos ocupemos de una evolución doctrinal, gene ralmente desconocida fuera **de** las sinagogas. Los antiguos Doctores de la Ley (que desde que renegaron de su fe en el Mesías venidero, no son más que los jefes políticos del pueblo judío) no pueden sino perder con la notoria publicidad de esta apostasía colectiva. Desde el momento en que los pueblos se enteren que Israel ha renegado de su religión y que sólo aspira a la conquista social y política del mundo,

probablemente no se desinteresarán de la cuestión judía, como acon tece hoy día. A nuestros contemporáneos les interesa muy poco que el hombre adore a Dios a su modo; mas les importa muchísimo que el hombre se crea Dios y pretenda, con este título, reducirlos a servi dumbre y reinar en su casa.

La inquietud que se notó entre los intelectuales judíos cuando salió a luz mi trabajo, tiene su explicación natural. Manifestóse, por desgracia, en ataques violentos y desordenados que me han obligado a insistir con mayor fuerza y a exhibir en público todos los alegatos del proceso. El rabino Liber y sus eminentes compatriotas (no corre ligionarios, propiamente hablando) que han hecho causa común con él, hubieran acertado en adoptar la vieja táctica del silencio, que les ha dado tan buenos resultados en otras ocasiones. Pretenden mis con tradictores hacer creer que no existe el neo-mesianismo y que es pro ducto de mi inventiva. Vano empeño; obran en mi poder las declara ciones escritas de los principales directores judíos contemporáneos, que todos pueden verificar.

Judíos conservadores, que guardan todavía la forma exterior del culto pasado, y judíos liberales que la repudian, están de acuerdo en desechar al Jehováh personal, a la Escritura inspirada, al Mesías ve nidero; en una palabra, han abandonado la fe de sus padres. Concuer dan también en sustituir a esas nociones bíblicas, ya abolidas, una especie de jurisdicción (nada menos que de derecho divino) en favor de Israel, sobre el mundo entero que se trata de reorganizar, confor me a un plan, netamente judío.

Citemos algunas de estas confesiones que arruinan por su base las negaciones del rabino Liber.

El judaísmo presenta sus verdades como patrimonio de la huma nidad en general. Más aún, pide que todos las reconozcan sin el auxi lio de un milagro especial; quiere decir, que se pueden alcanzar con las solas facultades naturales del espíritu. No es, pues, el judaísmo un Credo (secta religiosa con dogmas etc.) . . . La Biblia, para el judaís mo, no es más que un libro de historia; no contiene regla alguna de vida, ni código dogmático, sino una historia y únicamente una histo ria. El judaísmo sólo ve en la Sagrada Escritura la historia de la edu cación de un pueblo . . . El judaísmo se preocupa sólo del porvenir del mundo; quiere el reinado del conocimiento de Dios; quiere que

sobre la tierra se establezca el reino celestial de la verdad y de la vir tud. El judaísmo está en perfecta armonía con el espíritu de la épo ca. Lo que en estos tiempos se quiere fundar sobre los principios de la razón, lo sienten los judíos como una necesidad religiosa; a esto se reduce toda su religión . . . Síguese de lo dicho que la reforma ra dical del judaísmo no es hoy día algo facultativo sino un deber reli gioso. Si la observancia de nuestros antiguos símbolos religiosos, en vez de acercarnos al fin, es una rémora para el establecimiento del reinado de la verdad, en este caso, será preciso recurrir al principio, que "para servir a Dios y conservar la Ley, es necesario destruirla".

En estos términos se expresa (*Reforma del judaísmo,* pág. 35 y sig.) el rabino Samuel Hirsch, nacido en Alemania en 1815, muerto en los Estados Unidos en 1889; cuyos escritos ejercieron influencia decisiva sobre la evolución político-materialista del judaísmo contem poráneo.

Otro rabino germano-americano, Kauffmann Kohler, nacido en Baviera en 1843, y muerto en los Estados Unidos en 1904, que brilló cual astro en la Conferencia Rabínica de Pittsburgh, año de 1885, consiguió que se admitiera su teoría sobre el Mesías, formulada en los siguientes términos.

Todos los voceros del judaísmo reformado han protestado uná nimemente contra la conservación en la liturgia y en la doctrina de los pasajes relativos a la creencia en un Mesías personal. Insisten con ahínco, por el contrario, en la creencia de una época mesiánica que comprende el conocimiento universal de Dios y el amor a la humani dad, ideal que guarda relación estrecha con la misión del pueblo ju dío. Conforme a las hermosas expresiones que el segundo Isaías con sagra al doloroso siervo de Dios, el título de Mesías se reserva, de hoy en adelante, para el mismo pueblo de Israel; Israel, el Mesías pacien te, se convertirá en los últimos tiempos, en el Mesías vencedor y coro nado, de los pueblos. (Teología sistemática del Judaísmo, pág. 290) .

Esta fórmula, provocativa y política, de un "Israel, pueblo-Me sías, vencedor y coronado", no fue del agrado de los jefes del judaís mo conservador. El rabino Elías Benamozegh y su discípulo Amado Palliére hubieran preferido una expresión más mística de la misma idea. ¿No sería mejor aprovecharse del equívoco en que se encuentra el judaísmo moderno y dejar que los de fuera siguieran tomándolo

por una religión? Así es que sugirieron la emnienda siguiente: "¡Israel ha sido elegido para el oficio eminente de doctor, predicador y sacerdote de las naciones!"

No gustan los jefes del movimiento de tanto miramiento y recato. Han renunciado a la fe de sus padres en el Mesías esperado y no sufren que se les oponga ni el Torah ni la Biblia. El rabino Leonardo Lévy en un sermón, predicado el 7 de noviembre de 1909, en la sinagoga de la Unión Israelita Liberal de París, decía:

Creíase en otros tiempos que cada palabra de la Biblia era verdad absoluta; ¡citar la Biblia era lo mismo que citar la palabra de Dios! Esto ya pasó; los investigadores, a fuerza de trabajo, han descubierto que la Biblia es obra del entendimiento humano, llena de la sabiduría del pasado, llena de verdades necesarias, pero al fin, obra humana, desde el principio hasta el fin, conteniendo algunos errores y puntos de vista inexactos, debidos a la falibilidad de sus autores que eran hombres. Resultado que es de celebrarse; porque si fuera obra de Dios, la Biblia resultaría una pobre producción; como obra humana es el más admirable testimonio de las aspiraciones del alma hacia el Eterno .. .

Podríamos multiplicar citas concordes de los corifeos del judaísmo contemporáneo. Los que quieran profundizar la materia, pueden recurrir a la *Anthologie Juive* de Edmundo Fleg (tom. II, p. 378 y sig.). Encontrarán allí un breve pero sustancioso estudio sobre la reforma del judaísmo, cuyo origen atribuye Edmundo Fleg, de acuerdo conmigo, a Moisés Mendelssohn y a Hartwig Wessely, inspirador de la extravagante política religiosa de José II.

La *Antología* llama la atención hacia la forma neo-mesiánica que caracteriza el movimiento desde los comienzos del siglo XIX: *En las modificaciones introducidas en las oraciones que se refieren a la esperanza del Mesías, ¡se notaba ya la profunda tendencia que movía, inconscientemente tal vez, a los judíos reformadores! . . .* Jamás he afirmado otra cosa.

Para el año 1843, señala la *Antología* el programa de la Unión Reformada de Francfort que *proclamaba la posibilidad de una evolución indefinida de la religión mosaica, negaba la autoridad del Talmud en materia de observancia y de fe, suprimía de las oraciones todo deseo de volver a Palestina y sustituía a la noción del Mesías perso-*

nal, la de una era mesiánica, fin último de la evolución moral y social de la Humanidad. Concuerda plenamente lo dicho con lo que afirmo en mi libro acerca de la supervivencia de la "Unión de los judíos en pro de la Civilización de la Ciencia" que jamás ha cejado en su lu cha contra la civilización, nacida del cristianismo. Más adelante, ob serva la *Antología* que: *si los judíos conservadores mantienen las ora ciones mesiánicas, las interpretan en un sentido simbólico.*

Finalmente reconoce la *Antología* que: *en los Estados Unidos la reforma judía ha alcanzado su pleno desarrollo. Introducida desde el año* 1824, *ha progresado constantemente, debido al esfuerzo de los rabinos Isaac M. Wise, Max Lilienthal, David Einhorn, Samuel A dler, Samuel Hirsch, Kauffmann Kohler, Lazarus, Leonardo Lévy, Stephen Wise,* (amigo este último y consejero del Presidente Wilson).

Las principales normas directivas del judaísmo reformado vie nen reseñadas en los siguientes términos:

La era mesiánica reemplaza al Mesías; la misión de Israel, como pueblo sacerdote, está concebida de forma que suprime toda alusión a una vuelta posible a Palestina; la mujer, en materia religiosa, es absolutamente igual al hombre; a los prosélitos se les exime de la circuncisión; queda abolida la autoridad de los códigos rabínicos; siempre y en todo lugar se afirma el carácter universal de la religión de Israel.

En esto ha venido a parar el movimiento que bautizo con el nom bre de *neo-mesianismo*, cuya existencia niega el rabino Liber en su alegato, de un modo rotundo, sin restricción alguna. Negación que no es efecto de la ignorancia en un hombre tan instruido, profesor de la Esc'nla Rabínica de París y encargado de un curso en la Escuela de Altos Estudios. Luego es preciso concluir que es efecto de una pren[r]-pación política; es necesario que los pueblos no judíos, igno i en que el judaísmo moderno nada tiene de común con el judaísmo medieval; no deben sospechar que ha dejado de ser una religión para trocarse en una empresa de conquista política de las naciones y que pretende establecer una monarquía universal en provecho de Israel . .

Con esto, los lectores están enterados del proceso que se ventila y podrá juzgar entre mi tesis y la refutación del rabino Liber.

SALUSTIO.



LOS ORIGENES SECRETOS DEL BOLCHEVISMO

CAPITULO I

Pocos años ha, un golpe de mano feliz, puso al antiguo Imperio de los Zares en manas de un partido radical, apenas conocido aun en Rusia. Desde entonces, el advenimiento de este puñado de aventureros ha tomado el aspecto de una era nueva. En cuanto a la extensión de sus consecuencias, sólo es com parable con la Revolución Francesa que fácilmente hubieran reprimido, en ju lio de 1789, los treinta mil hombres del mariscal de Broglie, de suerte que hoy día merecería apenas unas cuantas líneas en los manuales para el bachillerato. Por bien preparado que esté un golpe político, por profundas que sean sus raí ces, hay siempre un momento crítico, en que un poco de decisión y de fuerza militar bastan para fijar el destino de un pueblo. La actual orientación de la política universal sólo es posible porque los que gobiernan, han olvidado esta receta, en tanto que los partidos subversivos no se detienen en aplicarla.

Amo y señor de un imperio que contaba 180 millones de almas, y cuenta aún ahora 140 millones, el bolchevismo se sirvió de sus inmensos recursos materiales para pegar fuego a las cinco partes del mundo. No dejan sus emisarios un momento de reposo a los pueblos cansados y agotados por la Guerra Mundial; a todos hostigan ya en su propia casa, ya en sus colonias.

En un principio fue Inglaterra, cuya prosperidad económica se vio gra vemente comprometida por la huelga de los mineros, abiertamente subvencio nada con los rublos moscovitas. Según cálculos del Ministro del Tesoro, la pér dida ascendió a 170 millones de libras esterlinas, cuya cuarta parte hubiera bastado para fomentar una contra-revolución y acabar en Rusia con la peste comunista. Y mientras trabajosamente se reponía de esta formidable sacudida, le preparaban otra nueva: Moscú sublevó a China y multiplicaba los obstácu los al comercio de Inglaterra, privándola de enormes ganancias. Luego se re bela la India, profundamente minada por la propaganda bolchevique, cuyos funcionarios indígenas están a sueldo del Komintern.

Agentes de la lila. Internacional fomentan abiertamente en Francia graves desórdenes, ofrecen resistencia armada a la policía en las calles de París, ocasionan perjuicios por más de 12 millones de francos, en la noche del 2.3 de agosto de 1927, promueven los motines de los reservistas, destruyen la moral del ejército y le preparan una formidable tarea, primero en el Rif y en Siria, luego en el Sudán africano. Sigilosamente se prepara la insurrección en Túnez y en Argelia, donde el emir Khaled, amigo de Moscú, obtiene la mayoría de

los votos indígenas. En Indochina subvenciona el Komintern a 14,361 funcionarios anamitas, como consta de los documentos hallados en el consulado de Pekín; cateo ejecutado por orden del mariscal Tchang-So-Lin y que pagó con la vida.

Con el mismo tesón y abundancia de dinero trabajan en las Indias Holandesas que tienen 50 millones de habitantes. Las insurrecciones se suceden en Java, Sumatra y Borneo. En Bolivia y Colombia se levantan los indios contra sus amos, y México sufre un gobierno que es del agrado de Tchitcherin. En cuanto a las naciones limítrofes o vecinas de la República Soviet, Rumania, Bulgaria, Hungría, Polonia, etc., su existencia se halla a cada momento comprometida por conspiraciones comunistas que reprimidas, vuelven a renacer, con la esperanza de lograr, tarde o temprano, el triunfo decisivo.

Lo más espantoso de esta ola roja, color de asesinato y de incendio, que socava los fundamentos del mundo, es que no procede de la ambición de un nacionalismo visible y localizado: error sería ver en el bolchevismo un "peligro eslavo" . Específicamente ruso, el comunismo encontraría una barrera natural en otros nacionalismos, igualmente intransigentes. Todo lo contrario, en cada pueblo hallan cómplices preparados, facilidades previstas; desde hace medio siglo, una doctrina de traición nacional y de descomposición nacional le ha allanado los caminos.

Nos proponemos investigar en este libro, el origen y desarrollo de esta doctrina. Tendremos que impugnar no pocas leyendas que han logrado crédito por el largo consentimiento de unos y la interesada afirmación de otros. Lo haremos a la luz de documentos ciertos, de hechos precisos. Una vez más queda demostrado que la verdad histórica, estudiada en sus fuentes, contiene más de novelesco de lo que cabe en el cerebro calenturiento de un inventor de ficciones.

La lila. Internacional, dirigida por los jefes políticos de la Rusia Soviet, es hija, algún tanto ingrata, de la Ila., cuyos pontífices fueron Engels, Liebknecht y Jaurés, y continuadora de la la. Internacional, fundada por Karl Marx. Muchos sociólogos o políticos, de matiz vario, han escrito o resumido la historia de esta última, y siempre en términos iguales. En la exposición no hay discrepancia alguna por lo que toca a fechas, circunstancias y trabazón de las peripecias. A primera vista, tal unanimidad produce la impresión de haberse agotado la materia y que estamos en posesión de una certeza histórica. Pero bien sabido es de los buscadores de archivos que la unanimidad demasiado universal en la narración de un hecho, debe inspirar desconfianza, lo mismo que la discrepancia absoluta. De ordinario, es efecto de un fin interesado, de una versión tendenciosa, hábilmente simplificada y por lo mismo, admitida con facilidad.

Todo lo que se ha escrito, desde hace medio siglo, acerca de la Ia. Inter nacional, procede en realidad, del cotejo de cuatro libros que vieron la luz pú blica a raíz de la insurrección comunista de 1871. Dos de ellos, los de Oscar Testut y Edmundo Villetard, atacaban la organización secreta que había engen

drado la revolución comunista de París; los otros dos, el de Eugenio Fribourg y de Benito Malon, la defendían con algunas reservas. Y como unos y otros estaban de acuerdo acerca de los orígenes de la organización discutida, los escritores y conferencistas que después trataron el asunto, son excusables de no haberlo ahondado, adoptando dócilmente la versión ofrecida su credulidad ... En esto imitaban la buena fe de sus predecesores que sólo conocieron la corteza de los acontecimientos que habían presenciado.

Examinemos brevemente la opinión general admitida, hasta ahora, acerca de los orígenes de la Ia. Internacional; preséntase con la armoniosa sencillez de una narración bíblica. Durante los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX se perfeccionaron las máquinas en el mundo entero. Para su consagración y vulgarización, celebróse en Londres (1862), una exposición industrial. Obreros técnicos, enviados por sus patrones, acudieron de todas partes para estudiar el funcionamiento de las máquinas presentadas. Algunos de ellos aplazaron su vuelta por algún tiempo, después de clausurada la exposición. Durante su permanencia en la capital inglesa, celebróse en Saint Martin's Hall, un mitin, en son de protesta contra violencias ejercidas por tropas rusas en Varsovia. Por mera curiosidad acudieron los obreros extranjeros. Uno de los oradores era un viejo economista alemán, Karl Marx, refugiado político, que vivía en Inglaterra, entregado a sus estudios. Entusiasmado por el asunto que se ventilaba, ensanchó el debate y habló del proletariado oprimido por los capitalistas, terminando con su favorito grito de guerra: ¡Proletarios del mundo, uníos! . . . Subyugados por la elocuencia del orador, los obreros que se hallaban presentes decidieron unirse en una Asociación Internacional y nombraron, en el acto, un Comité de Correspondencia, en el cual figuraba Karl Marx, como representante de Alemania. De este modo quedó fundada la Ia. Internacional en circunstancias enteramente imprevistas. Propagóse rápidamente, y la idea del comunismo se difundió por el mundo entero.

Esta leyenda ha usurpado el nombre de historia; pasemos a examinarla y tratarla como se merece.

Este relato, tomado de Karl Marx y de su círculo de amigos, tiene la ventaja de ser muy natural. Es breve y no convida a un estudio profundo. Así se explica la boga que ha tenido, hasta pasar por clásico. Todo, sin embargo, hubiera debido despertar la desconfianza de los primeros analistas de la Internacional. Limitándonos a la parte financiera, se afirma que la colecta, hecha entonces entre los presentes, constituyó el primer fondo que llegó a tres libras esterlinas (75 francos oro). El honrado obrero que fungía de tesorero, nunca tuvo en caja arriba de 200 libras o sea 5.000 fr. oro. A la Ia. Internacional le sirvió de argumento para jactarse de su edificante pobreza . . .

Consultemos ahora el informe de su congreso celebrado en Lausana (del 2 al 8 de Sept. 1867) y hallaremos que desde el segundo año de su existencia empleaba varios millones en propaganda revolucionaria. Por lo que atañe sólo a los Estados Unidos, se menciona un cheque por valor de 300.000 dólares, para subvencionar la huelga general metalúrgica. ¿De dónde provenían estos fondos de que disponía la Internacional y que no salían de sus cajas?

Hoy día, no ha cambiado la situación. El "camarada" Fromentin, tesorero del Partido Comunista Francés, se queja amargamente de no tener dinero; la cotización es mínima, pero las Células no pagan. A pesar de todo, pueden los bolcheviques franceses nombrar mil ochocientos funcionarios y agitadores, cuyo sueldo asciende a más de treinta millones al año. Poco ha, gastaron diez millones al contado, para la fundación de un diario en el norte de Francia. Y si el motín del 23 de agosto de 1927 costó más de 12 millones al comercio de París, el tesorero del partido tuvo que hacer fuertes erogaciones para organizarlo. Contradicciones semejantes ya no sorprenden a nadie; todos saben que el dinero de que dispone hoy el comunismo viene de Rusia, donde la IIIa. Internacional ha acaparado todas las riquezas de un inmenso imperio y las emplea en trastornar al mundo.

No pasaba lo mismo en tiempo de la la. Internacional; de fundación reciente, sólo contaba, por regla general, con las escasas sumas que figuraban en su contabilidad. Los primeros discípulos de Karl Marx no disponían, como los de ahora, de 140 millones de esclavos, obligados a trabajar por su provecho. ¿De dónde sacaban, pues, las enormes sumas que gastaban en su propaganda y en subvencionar huelgas en el mundo entero? Cuestión es ésta que los historiadores de la Internacional han descuidado por completo, y después de ellos, todos los que se han fiado de su documentación verdaderamente superficial.

Otro problema: el mitin celebrado en Saint Martin's Hall pasó casi desconocido en aquellos días; pocos diarios se ocuparon de él y no volvieron sobre el asunto. Pasados apenas unos cuantos meses la Ia. Internacional, a pesar de la falta de publicidad, contaba secciones en todas las naciones, hasta en el fondo de la América del Sur y en Australia. No parece sino que un poder o fuerza misteriosa tenía preparado el camino a la nueva asociación y le tenía dispuesto, en todas partes, el personal y los auxilios necesarios.

Es indudable que este poder existe. Así como está bien probado hoy día que la masonería preparó la Revolución Francesa, del mismo modo, poderes ocultos promueven los trastornos recientes en Europa, en el Oriente y Extremo Oriente. A ellos se refería en 1912 Marcel Prévost, de la Academia francesa, cuando en un artículo de *Le Figaro,* escrito para celebrar la revolución de la Joven Turquía, se atrevía a decir:

Toda previsión diplomática se funda finalmente en este cálculo: las fuer zas conocidas seguirán en su evolución la curva actual. Con esto, se deduce la probable resultante de esas fuerzas. Método muy *racional, cuyo único de feeto es no tomar en cuenta otras fuerzas, más fuertes que* las *visibles que trabajan en secreto, para cambiar el equilibrio actual* y *trastornan, el día me nos pensado, lo mismo los cálculos de los augures que la vida de las naciones.*

Al estudio de una de estas fuerzas ocultas debemos dedicarnos si queremos saber de dónde recibió Karl Marx sus inspiraciones y el auxilio material que le ayudaron a formular el programa del comunismo y propagarlo por el mundo entero.

La asociación secreta de que se trata, tenía por nombre: "Unión de los judíos en pro de la Civilización y de la Ciencia". Fundáronla, en 1819, un grupo de israelitas alemanes, hijos de familias rabínicas, señalándose entre todos, el célebre erudito Leopoldo Zunz, director que fue de la Escuela Normal Israelita de Berlín, y sus amigos Ganz y Moisés Moser. El programa aparente de la Unión fue como un bosquejo del programa que adoptó más tarde la Alianza Israelita Universal: prestar ayuda a los judíos en el mundo entero y promover entre ellos el conocimiento de cosas útiles. Más lejos iba el programa real: incluía un cambio, en sentido positivista, de la política de Israel respecto de las naciones cristianas; tendía sobre todo a introducir suavemente en la civilización nacida del cristianismo, ideas específicamente judías que paulatinamente habían de provocar su disolución.

La "idea madre" de los jefes de la Unión consistía en que la Sinagoga se obstinaba, sin razón, en esperar, siglos había, un Mesías en carne humana. No se habían comprendido los antiguos textos rabínicos cuando anunciaban un rey temporal, manchado con la sangre de las batallas, hollando bajo las ruedas de su carro, a las naciones que pretendieran oponerse al imperio universal, prometido a Israel, que las había de gobernar con vara de hierro. El pueblo judío, consciente de su superioridad étnica, y no alguno de sus hijos, debía vencer al mundo y someterlo al yugo de la raza elegida.

Hallamos en la Historia que algunos talmudistas aislados, habían expuesto varias veces esta misma tesis; pero le estaba reservado a Baruch Lévy presentarla con toda precisión en carta dirigida a Karl Marx:

El pueblo judío, escribe, *colectivamente tomado, será su propio Mesías. Dominará al mundo entero por la unificación de las razas humanas, supresión de las fronteras* y *de las monarquías, baluartes del particularismo,* y *el estable cimiento de una República Universal que dará carta de ciudadanía a los* ju díos. *En esta nueva organización de la Humanidad, los hijos de Israel, espar cidos por el mundo, hijos de una misma raza* y *de una misma educación tra dicional, sin formar por esto una nacionalidad distinta, se convertirán, sin opo sición, en directores, sobre todo, si logran algunos de ellos apoderarse de la dirección estable de las masas obreras. Con el triunfo del Proletariado, el go bierno de las naciones que formarán la República Universal, pasará sin esfuer zo, a manos de los israelitas. Podrá suprimirse entonces la propiedad privada por los gobiernos de raza judía, que administrarán la fortuna pública. De esta suerte se cumplirá la promesa del Talmud que dice: "cuando haya llegado el tiempo del Mesías, los judíos tendrán bajo su llave las riquezas de los pueblos de la tierra" ( ).*

( ) Esta cita, de una claridad pasmosa, que puede aplicarse a la situación política y social del mundo en los días en que escribimos (1928) es del dominio público desde hace medio siglo. Diose a conocer, por primera vez, en el Congreso Antisemita de Berlín (año de 1888), fue reproducida varias veces, y por última vez, según nuestros informes, en 1919. El haberla re producido en nuestro trabajo ha despertado verdadero furor y más adelante verá el lector que el rabino Liber nos tacha rotundamente de falsarios. Sólo haremos observar: 19 que el

Este lenguaje, notoriamente materialista, pero con expresiones que con servan algún sabor del judaísmo tradicional, basta para explicamos la diferen cia que había entre la nueva secta y la Sinagoga de entonces y nos descubre el motivo de haber tenido que renunciar, dos veces, Leopoldo Zunz a su fun ción de rabino, primero en Berlín (1822) y luego en Praga (1835).

Uno de los más entusiastas adeptos de la "Unión de los judíos en pro de la Civilización y de la Ciencia" fue el poeta Enrique Heine que se afilió a ella a la edad de 23 años, el 4 de agosto de 1822. Desde el punto de vista "neo mesiánico", es característico el caso de este hijo de Israel que por su talento poético, ocupa señalado lugar entre los mejores escritores del siglo XIX.

El 13 de diciembre de 1799 nació Enrique Heine en Düsseldorf de una familia originariamente rabínica. Su padre, Sanson Heine, comisionista en cin tas, debía a este origen la consideración que le guardaba el jefe de la casa Rothschild de Francfort. Pero si en el seno de la familia se conservaba la tra dición judía, fuera de casa se condescendía fácilmente con los cristianos. El joven Harry (más tarde Enrique) frecuentaba una escuela católica, llamada de los franciscanos, y su director, el sacerdote Schallmeyer, lo tenía por uno de los mejores alumnos. Educábase su hermana Carlota en un convento de re ligiosas católicas. Su hermano Gustavo, con el nombre de Gustavo von Gel dren, abrazó el catolicismo para conseguir el grado de oficial de dragones, en el ejército del Emperador de Austria. Otro hermano suyo, Maximiliano, se hizo ortodoxo y fue médico militar del ejército ruso. Enrique, como adelante se dirá, se hizo protestante evangélico. Estas vocaciones opuestas en nada cambiaron los sentimientos de los tres hermanos que, llegada la noche, acudían a la casa del rabino Reintelsohn para estudiar el hebreo y el Talmud.

Enrique Heine cursó derecho en las universidades de Bonn, Goettingen y Berlín y se graduó de doctor. Aspiraba a una cátedra de derecho, pero sien do prusiano, no se la podían confiar, conforme a la ley, mientras permaneciera en el judaísmo. Casi a escondidas, hizo su abjuración en la casa del pastor evangélico Gottlob Grimm, cierta mañana de agosto de 1825. Las citas siguien tes nos permiten apreciar la sinceridad de esta conversión y la moralidad del convertido.

Carta de Enrique Heine a Mauricio Embden escrita antes de su conver sión:

---

hecho de no figurar esta carta en la Correspondencia de Karl Marx, nada prueba en contra de su autenticidad, porque los yernos del profeta comunista, Pablo Lafargue y Carlos Lon guet, entregaron a la imprenta las cartas de su suegro y de sus corresponsales, después de haberlas expurgado con todo cuidado; 29 que varias veces, desde hace cuarenta años, se re produjo la mencionada carta, sin provocar la más mínima protesta de parte de las autorida des judías, tan calificadas como Liber para formularla; 39 que las ideas expresadas en la carta son absolutamente idénticas a las que hallamos en los escritos de judíos contemporá neos, Edmundo Fleg, Barbusse, Andrés Spire, etc.; 49 que aun admitiendo, sin concederlo, que el documento es de origen incierto, todo lo que acontece en el mundo, cuarenta años des pués de su publicación, particularmente por lo que toca a la "judaización" de los partidos revolucionarios, demuestra a las claras que el autor estaba admirablemente informado.

Soy como V. un *indiferente en religión* y mi *apego al judaísmo se debe únicamente a mi profunda antipatía por el cristianismo.*

A Manuel Wohlwill, antes de su conversión:

La caída del cristianismo me parece cada vez *más evidente. Tiempo ha que esta idea se confirma. Llamo al cristianismo "una idea", pero ¡de qué gé nero! Hay sistemas de ideas corrompidas que se anidan en las grietas del mun do envejecido* y *en la cama abandonada del espíritu divino, como las chinches en el colchón de un judío polaco. Si se consigue aplastar una de esas "ideas chinches", deja un hedor que dura miles de años. Es el caso del cristianismo; aplastado desde hace mil ochocientos años, no cesa de apestar el aire que res piramos los pobres judíos.*

Versos escritos de E. Heine, el día siguiente de su bautismo:

Santo ardor de la juventud, — ¡Pronta vuelta a la razón! — Haz hecho prudentemente las paces con esos señores . . . Te haz arrastrado hacia la cruz, *— la misma cruz que ayer — querías pisotear, — ¡derribada en el polvo! — Es fruto de haber leído con exceso — ¡Schlegel, Haller, Burke! — Héroe eras ayer —* Y *hoy, un gran bribón . . .*

Pocas semanas después del bautismo escribió una carta a Moisés Moser, de la "Unión de los judíos en pro de la Civilización y de la Ciencia". Hablando de los japoneses que acababan de martirizar a algunos misioneros católicos y "nada aborrecen tanto como la cruz", añade: "¡Quiero ser japonés!".

De nada le sirvió la comedia de la abjuración; no consiguió la cátedra de derecho y jamás se lo perdonó al gobierno prusiano. Su entusiasmo "neo-mesiánico" llegó entonces al período álgido y declaró guerra abierta no sólo a la monarquía sino también al mismo orden social. Refirió más tarde que había ido a Munster, donde se guardan la jaula de hierro y demás instrumentos que sirvieron para atormentar al "glorioso" Juan Bockenraw, llamado Juan de Leyden, jefe de la secta de los anabaptistas. Honraba en él al revolucionario más feroz del Siglo XVI y al tipo más acabado de los precursores del comunismo: *Besé,* dice, *respetuosamente las reliquias del sastre de Leyden, las cadenas que arrastró, las tenazas que le atormentaron.* El ateísmo de este miembro de la "Unión de los judíos" no excluía, como se ve, cierta religiosidad ..

Resintióse naturalmente de esta evolución la colaboración que prestaba a los *Anales políticos de Munich;* hízose sospechoso a las autoridades alemanas con una serie de artículos demagógicos y anticristianos. Perseguido, refugióse en Francia, el 1° de mayo de 1831. El aniversario de esta fuga del primer jefe del comunismo, a petición de su amigo Engels, se celebra ahora como fiesta, por el proletariado mundial. Mucha sangre ha corrido desde el 1 [9] de mayo de 1889 (fecha de la institución del 1° de mayo revolucionario) para conmemorar la feliz huida de Enrique Heine.

Llegado a París, afilióse inmediatamente a la escuela socialista de los San-Simonianos, la más notable en aquella época. Dos años después, dedicó la primera edición de su libro *Alemania,* al célebre socialista, Enfantin. Abríase

un club revolucionario o fundábase un periódico de ideas avanzadas, luego acudía Enrique Heine, ávido de ver, oir y aconsejar, excitando a las mayores audacias, a las amenazas de destrucción. En la guerra a la sociedad, buscaba un desquite para los de su raza, teniendo buen cuidado de ocultar, lo más po sible, sus intenciones, bajo las apariencias de un diletantismo político y de un entusiasmo humanitario. Aconsejaba a sus amigos israelitas este desprendimien to aparente, que disimulasen su fin étnico-filosófico y hasta su calidad de ju díos.

Animado de tales sentimientos escribió su cuento *Doña Clara*, uno de los más amargamente burlones que salieron de su pluma. Un judío español, en cubriendo su nombre y su raza, acierta a conquistar la hija de un señor cris tiano y finalmente la encarnece. Lo reproducimos aquí porque manifiesta a las claras el pensamiento secreto de Heine:

Doña Clara

En el jardín paterno, en la penumbra del anochecer, vaga la hija del alcalde; el sonido de los címbalos y trompetas llega a sus oídos.

"¡Cómo me fastidian esos bailes y empalagosas lisonjas! ¡Cómo me cansan esos caballeros que galantemente me comparan con el astro del día!

"Todo me molesta y me fastidia desde que vi, a la luz de las estrellas, a ese caballero desconocido que cada noche, viene a tañer la guitarra al pie de mi ventana.

"Su talle esbelto y noble porte, sus ojos negros que brillan en su pálido rostro, le dan un parecido con San Jorge".

En estos pensamientos entreteníase doña Clara, los ojos clavados en el suelo. Al levantarlos vio delante de sí al hermoso caballero desconocido.

Cogidos de la mano y hablando de amores, se pasearon a la luz de la luna; el céfiro blando los acariciaba con amor y las rosas los saludaban graciosamente.

Las rosas les enviaban graciosos saludos y se encendían en vivos colores.

—Dime, amada, ¿ por qué tienes encendido el rostro?

Me picaban los moscos, querido, y los mosquitos, en verano, me son tan odiosos como si fueran enjambres de narigudos judíos.

Deja los mosquitos y los judíos, contestó el caballero en tono lisonjero.

Los almendros en flor cubren el suelo con sus copos de nieve. Los copos blancos de los almendros perfuman el aire.

—Mas, dime, amada, ¿tu corazón me pertenece todo entero?

Sí, te amo; te lo juro por el Redentor que los judíos incrédulos clavaron en la cruz.

Déjate de judíos y Salvador, repuso el caballero con voz insinuante.

A lo lejos se balanceaban las soñadoras azucenas, bañadas de luz.

Las azucenas soñadoras, bañadas de luz, vuelven sus miradas a las estrellas.

—Pero dime, ¿no me has jurado en falso?

No hay en mí falsía alguna; en mis venas no hay una sola gota de sangre de moro ni de judío maldito.

Deja a los moros y a los judíos, contestó blandamente el caballero; y llevóse a la hija del alcalde a un bosquete de mirtos.

En las redes del amor la tiene aprisionada. Palabras breves, prolongados besos y los corazones se desbordaron.

Melodioso epitalamio entonó el ruiseñor; las luciérnagas brincan sobre la hierba mullida y remedan una danza al resplandor de las antorchas.

No se mueven las hojas; sólo se oye el cuchi cheo discreto de los mirtos y los suspiros de los enamorados.

Sonaron de nuevo los címbalos y las trompe tas y doña Clara soltó el brazo del caballero.

—Oye, esta tocata me llama; pero antes de separarnos, quiero saber tu nombre que hasta ahora me has ocultado.

El caballero, sonriendo de un modo encantador, besó la mano y la frente de la dama y dijo: "Yo amante vuestro, señora, soy hijo del docto y glorioso don Isaac-Ben-Israel, gran rabino de la sinagoga de Zaragoza".

No se contentaba Enrique Heine con acudir a las juntas de los revolucionarios franceses; acogía con amabilidad a los agitadores extranjeros que en gran número llegaban a la capital de Francia durante el régimen de julio. Procuraba animarlos y los aconsejaba, repitiendo a menudo: "Acaricio mis fieras ... Pero esas fieras no le satisfacían del todo. Por fin, la "Unión de los judíos en pro de la Civilización y de la Ciencia" le envió uno de temperamento excepcionalmente destructor: era Karl Marx.

Nacido en Tréveris (Prusia Renana) el 5 de mayo de 1814 (y no 1818 como erróneamente escriben algunos), Karl Marx era quince años más joven que Enrique Heine. Era también vástago de un antiguo tronco rabínico. Su abuelo había sido rabino de Colonia y su correligionario Bernardo Lazare, quien montó la escena del negocio Dreyfus, pudo saludar en él "al descendiente de una casta de rabinos que heredó toda la fuerza lógica de sus antepasados, al talmudista claro y perspicaz que se dedicó a la sociología y se sirvió de sus cualidades nativas de exégeta para criticar la economía política".

Dejando a uno de sus hermanos el ministerio de rabino, dedicóse el pa dre de Karl Marx al comercio, logrando hacer una fortuna respetable. Sin de jar de practicar la religión judía en el seno de la familia, oficialmente abrazó el protestantismo para poder desempeñar el cargo de proveedor del Estado prusiano. Desde niño familiarizóse Karl Marx con los principios tradicionales de su raza: Dios dio el mundo a los judíos; lo dominarán para siempre con el advenimiento del Mesías. Sólo los judíos tienen derecho de poseer; cuando llegue el Mesías, doscientas mulas se necesitarán para cargar las llaves de las arcas en que se amontonarán los caudales de los cristianos etc., etc. De toda esta doctrina, nuestro joven judío se apropió sobre todo la idea de una inmen sa expropiación, que había de coincidir con el triunfo de los de su raza.

Cursó primero derecho en Bonn; luego estudió filosofía en Berlín, donde a la sazón triunfaba la doctrina de Hegel. Probablemente el célebre filósofo de Stuttgart es el que más influyó en la formación intelectual de Karl Marx.

Sabido es que en el sistema de Hegel, **Dios** carece de existencia positiva; en virtud de su unidad con el pensamiento humano, está sujeto, lo mismo que éste, a la ley del "devenir" ... Sólo el pensamiento es soberano absoluto del Universo, en su triple estado pasivo (cuando es interior), activo (cuando se apoya en el mundo exterior) y libre (cuando triunfa en la organización social en el derecho, la filosofía, el arte y la religión). La moral es el resultado de la evolución progresiva e irresistible del pensamiento humano y Dios (es de cir la ley moral) "deviene con él, indefinidamente, al mismo tiempo que el Universo y la Humanidad ... Este panteísmo socavó el deísmo hebraico de Karl Marx y sólo le dejó en el alma, el orgullo de ser judío y la certidumbre de que el pensamiento soberano que gobernaría al mundo y le haría evolucio nar indefinidamente, sería el de su raza. A nadie sorprende que a la edad de 22 años, lo mismo que Enrique Heine, se afiliase a [1]a "Unión de los judíos en pro de la Civilización y de la Ciencia". El año siguiente tomó el grado de doctor y con el favor de la escuela hegeliana, se le encomendó, muy poco des pués, la cátedra de filosofía en la Universidad de Bonn.

Más afortunado que Enrique Heine, el joven profesor parecía tener un porvenir seguro. Apenas pasado un año, inopinadamente puso su renuncia *y* se trasladó a Colonia. Dos ricos burgueses filo-semitas, Hanseman y Kamphausen, acababan de fundar en dicha ciudad la *Gaceta Renana,* encargando la dirección a tres israelitas, Hess, Oppenheim y Rutenberg. Este último, miembro de la Unión, solicitó la colaboración de Karl Marx. Durante el año 1840 publicáronse algunos artículos suyos, notables no tanto por la virulencia del lenguaje como por el pensamiento profundamente revolucionario. Luego para suplir la falta de un Director de talento, se le pidió que se trasladara a Colonia, como lo hizo, en el otoño de 1842. Con su llegada recibió la Gaceta un nuevo impulso.

En esta época, la doctrina social y política de Karl Marx o sea el marxismo, distaba mucho de estar formada. Aparecen sin embargo sus grandes líneas en la campaña que hizo entre los obreros industriales de Renania. El fin es visible: 1° destruir la idea de nacionalidad en el alma del proletario y convencerle de que no ha de tener más patria que el "espíritu de clase"; 2° lanzarlo, en el mundo entero, al asalto de la civilización, nacida del cristianismo. El medio para conseguirlo: una doctrina económica de una simplicidad tan grosera que está al alcance de los cerebros más rudos y seriamente no puede admitirse sino por éstos.

No es de este lugar hacer una crítica del marxismo económico; pero la famosa teoría del "verdadero valor", su clave principal, nos permite formarnos una idea del sistema. Hela aquí, tal cual la formuló Karl Marx en dos de sus obras, pesadas y difusas; a pesar de compendiarla en unas cuantas lineas, estamos seguros de no suprimir nada esencial.

1°— Todos los bienes de este mundo son mercancías que tienen un valor real y un valor comercial.

2[9]— El verdadero valor de una mercancía depende del número de horas de trabajo que se han gastado en producirla. Tienen, por consiguiente, el mis

mo valor las mercancías que contienen igual cantidad de trabajo o que pue
den reproducirse en un mismo número de horas. El tiempo de trabajo, nece
sario para la producción, es el que fija la relación de valor entre una mercan
cía y otra. Conclusión: sólo el obreró, fabricando la mercancía, crea la riqueza.

3[9]— Ahora bien, esta mercancía por la ganancia que le saca, primero el
industrial y luego el comerciante, adquiere un aumento de valor que deter
mina su valor comercial. Este aumento es un robo que se hace al obrero, el
cual no recibe íntegramente el precio de venta de la mercancía que ha fabri
cado, o al consumidor que paga por la mercancía más de su valor real. Luego,
los industriales y los comerciantes no son más que unos parásitos que es pre
ciso suprimir.

La falsedad de esta tesis salta a la vista.

Es falso que el número de horas de trabajo es lo único que determina el
valor real de una mercancía. Un viñador del sur de Francia y otro del Depar
tamento del Hérault, trabajando las mismas horas en la elaboración de su vino,
no producen una mercancía del mismo valor; jamás valdría el "pinard" (vi
nillo), lo que el Chambertin o el Corton. Dos carpinteros, haciendo el uno
una mesa de ébano y el otro una de pino, pueden emplear unos mismos instru
mentos, guardar las mismas medidas y emplear el mismo tiempo; sin embargo,
la mesa de ébano valdrá siempre más que la de pino. Es radicalmente falsa
la afirmación de Karl Marx de que sólo el trabajo del obrero da su valor a la
mercancía.

La consecuencia no es menos falsa; la fabricación de una mercancía, en
serie, requiere información, organización y dirección que hacen imprescindi-
ble la intervención de un industrial y justifican su salario; este industrial es
también un obrero, obrero intelectual. La venta de las mercancías en los lu-
gares donde han de consumirse, exige la existencia del comerciante. Nada se
ganaría, todo lo contrario, con reemplazar al industrial con un funcionario pú-
blico y al comerciante con un almacenista; en todas partes se ve que los mo-
nopolios del Estado y la administración de una industria por el Estado son
desventajosos tanto para el obrero como para el consumidor. La Rusia actual,
donde la fábrica se ha convertido en institución del Estado, donde el funcio-
nario desempeña el papel del comerciante, es precisamente el país en que el
abastecimiento general es más defectuoso, más caro e insuficiente.

Poco le importaba a Karl Marx la falsedad de su tesis, con tal de conse-
guir su fin. Atento a destruir y no a mejorar, inventó una doctrina al alcance
del público que pretendía soliviantar, una doctrina que daba en la herida de
los desafortunados: ¡su interés privado!; le señala los culpables: los industria-
les, los comerciantes, los gobiernos, todos los que de una manera o de otra de-
fienden el orden social . . . Una doctrina de este jaez tendrá siempre una in-
fluencia enorme sobre las masas que no reflexionan y carecen de cultura, dis-
puestos a echar mano de medios violentos. El Proletariado Internacional es
el mejor aliado del pueblo judío en su guerra secular contra el orden social
cristiano.

Profundamente removieron estas doctrinas a las masas obreras que leían la *Gaceta Renana* y que, hasta entonces, habían manifestado tendencias republicanas pero no socialistas. Inquietáronse las autoridades de Berlín e impusieron la censura previa. No se sometió Karl Marx; la Gaceta quedó suspendida y la policía secreta entró en acción. Comprendió que estaba perdido y determinó salir de Alemania. Para un proscrito, Londres le pareció el lugar más conveniente. Pero las influencias que le habían orientado hacia Colonia, se dejaron sentir de nuevo y se dirigió a París. Púsose inmediatamente en relación con Enrique Heine, corresponsal en dicha capital de la "Unión de los judíos en pro de la Civilización y de la Ciencia".

De una ojeada vio Enrique Heine el partido que podía sacar de un joven (treinta años contaba a la sazón Karl Marx) tan magníficamente dotado para la destrucción. Ni quince días habían pasado y le señaló el terreno en que había de maniobrar: el de los *Anales franco-alemanes,* importante revista, fundada en Francia por un refugiado republicano, Arnoldo Rüge, con quien trataba familiarmente Enrique Heine.

Arnoldo Rüge yace hoy en el más completo olvido. Era jefe entonces de la Joven Alemania, sección de la Joven Europa fundada por Mazzini, que agrupaba los elementos más avanzados de los carbonarios y masones. Demagoga y antirreligiosa, la Joven Europa fomentaba las revoluciones, organizaba los atentados políticos y tomaba parte en todas las revueltas que sobrevenían; pero no era ni socialista ni comunista. Aunque internacional, tampoco era internacionalista. Para formarse una idea bastante exacta de sus tendencias podemos recordar a la Joven Turquía que derrocó, en 1912, a Abdul Hamid II y al Joven Portugal que promovió, todavía en 1927, las insurrecciones de Lisboa y Oporto. De la enorme conspiración de Mazzini sólo sobreviven estas dos: el marxismo ha barrido o absorbido las demás.

Nacido en 1802, Arnoldo Rüge, desde joven se llenó de ideas revolucionarias. Pasó tan sólo por las logias masónicas, cuya propaganda, demasiado académica, no satisfacía su afán de acción. Afiliado a los carbonarios, se enredó en una conspiración y fue condenado a seis años de cárcel. Purgada la pena, se refugió en Francia (1840) y fundó en París un órgano republicano de ideas avanzadas, los *Anales franco-alemanes* que no tardó en atraer la atención general (*).

Parecía imposible hacer penetrar en Alemania este órgano redactado por un proscrito. Logróse, sin embargo, echando mano de varios ardides. Paquetes) de la revista, remitidos en bultos de mercancías a personas de confianza y afiliadas, pasaban a manos de repartidores discretos. No escaseaban los abona

( ) El biógrafo oficial de Karl Marx en el Soviet, profesor D. Riazonof, miembro de la Academia Socialista de Petrogrado, escribe que Rüge colaboraba con Marx en la *Gaceta Renana,* que juntos se trasladaron a París y fundaron los *Anales franco-alemanes.* Ahora bien; Marx llegó a París en 1844 y Arnoldo Rüge en 1840. Es una de tantas inexactitudes que tienen por objeto ocultar a los indiscretos los lados misteriosos de la vida y obra de Marx.

dos (siempre los hay cuando se trata de una fruta prohibida); y los ejempla res leídos y releídos pasaban de mano en mano. Alrededor de los Anales, agru páronse todos los carbonarios de Alemania y adoptaron la revista por órgano propio. Creció con esto la autoridad y también el prestigio de Arnoldo Rüge y quedó, *ipso facto,* convertido en jefe de los republicanos alemanes. Rüge pertenecía al grupo de fieras que acariciaba Enrique Heine. Su recomendación bastó para abrir de par en par a Karl Marx las puertas de los Anales. Ocho días después, participaba de la dirección de la revista; y primero con cautela, luego con violencia, reanudó la campaña emprendida en la *Gaceta Renana.*

También ahora el público lector se asimiló sus teorías, colmando de esta suerte las esperanzas de sus ocultos inspiradores. Los comités secretos que propagaban la revista de Rüge, constaban, en su mayor parte, de obreros. Infatuáronse éstos con la doctrina económica de Karl Marx, tan nueva para ellos, y casi sin sentirlo, adoptaron su teoría "del verdadero valor", ruina de la paz social. Afortunadamente, sin ruido, convirtiéronse los Anales de republicanos en comunistas.

Entregado en cuerpo y alma a la lucha contra las monarquías alemanas, Arnoldo Rüge no cayó en la cuenta del cambio obrado; acogió todavía a varios protegidos de Enrique Heine y los asoció a la redacción. Todos, sin embargo, parecían salidos de un mismo molde, lo que debía haber despertado la atención del director; todos eran jóvenes, muy jóvenes algunos, desterrados de Alemania, ansiosos por escribir y luchar; todos eran israelitas, hijos de rabinos o parientes cercanos de rabinos ...

Hallábase entre ellos Federico Engels, hijo de una familia antiguamente rabínica, de Barmen, seis años más joven que Marx, a quien había conocido en Colonia, en 1842 (*).

Convirtióse en París en compañero suyo, colaborador habitual, en "socio", y lo fue toda su vida. Algo más tarde, aparece en la escena Fernando Lassal (llamado Lassalle), dandy remilgado, altanero e insolente, nieto de un rabino de Breslau, que andando el tiempo había de ejercer una influencia profunda en las masas obreras de Alemania. Formaba parte de un "lote" de jóvenes neo mesiánicos, remitido a Enrique Heine. Parecióle otro Karl Marx y le guardó atenciones especiales. "Queridísimo compañero de armas", escribe a este joven de veinte años ... , y luego añade: "Cuánto me regocijo de no haberme enga

( ) El profesor D. Riazonof, lo mismo que toda la escuela comunista, se empeña en ocultar el origen judío de Engels. Quiere en absoluto, hacerle pasar por hijo de una distinguida familia alemana, descendiente de un hugonote francés, apellidado Lange que tenía un ángel (en ale mán, engel) en su escudo de armas. Es cierto que hay en Renania una familia de este ape llido, pero siempre ha protestado contra el origen francés que se le atribuye y contra el pre tendido parentesco con el amigo de Karl Marx. Parece que los bolcheviques tienen afición a los escudos de armas: un biógrafo rojo de Lenin, asegura que el padre del dictador mosco vita, en el régimen zarista. tenía derecho al título de Excelencia. Les conviene tal vez, hacer creer a las masas que los fundadores del comunismo eran señores de viso que renegaron de su nobleza para consagrarse al servicio del Proletariado.

fiado acerca de V.; jamás en nadie he tenido tanta confianza". Y en carta di rigida a Warnaghen von Ense (3 de enero, 1846) hablando del joven Lassalle, escribe: "Es uno de esos rudos gladiadores que marchan con valor al supremo combate".

A pesar de su miopía, Arnoldo Rüge acabó por caer en la cuenta de que su obra se le escapaba de las manos y que la revista propalaba ideas que no eran suyas. Quiso reaccionar, pero ya era tarde. En el comité de dirección de la revista y en el de la correspondencia con las secciones secretas de Alemania, dominaban los jóvenes israelitas, íntimamente solidarizados con Karl Marx; la atmósfera democrática, tan del gusto de Rüge, hacía dependerlo todo de un voto de mayoría . . . Perdió Rüge la votación y se vio obligado a poner su renuncia.

Despechado, salió de Francia y durante 25 años llevó una vida de conspirador errante y necesitado. Acabó, finalmente, con prestar oído a las proposiciones de Bismark que se propuso conquistarlo, lo mismo que a otros muchos revolucionarios; el antiguo lugarteniente de Mazzini murió pensionado por el Imperio Alemán, mientras Mazzini, haciendo a un lado bombas y puñales, se adhería a la monarquía de Víctor Manuel.

Karl Marx y el grupo de jóvenes intelectuales que Enrique Heine le ha bía proporcionado, realizaron de esta suerte, la primera parte del programa de la "Unión de los judíos en pro de la Civilización y de la Ciencia"; queda ron dueños de la revista de Rüge y se arrogaron de hecho, la dirección de los comités revolucionarios de Alemania.

Este fue el punto de partida de la organización comunista; bajo la dirección de Marx y de su Estado-Mayor israelita, la orientación de los espíritus hacia la guerra social recibió un vigoroso impulso; la mayor parte de los adeptos de Mazzini en Alemania se adhirieron a la nueva doctrina. ¡Victoria trascendental! Hasta entonces, el sueño neo-mesiánico había sido netamente judío, encerrado en una especie de "ghetto" moral; desbórdase ahora sobre el mundo cristiano y logra sus primeras conquistas. En este momento, no dejaría Karl Marx de sugerir a su *alter ego,* Engels, saturado como él de filosofía hegeliana, que la idea soberana pasaba del estado pasivo al activo, tomando su punto de apoyo en el mundo exterior . . . Nos estaba reservado a nosotros verla llegar al estado libre, triunfando en la legislación y organización social, para usar de la terminología del filósofo de Stuttgart.

El programa de Karl Marx y de sus amigos no se limitaba a la conquista de las organizaciones revolucionarias de Alemania; no era más que una brecha abierta en la vieja ciudadela cristiana. Dueños del centro fundado por Rüge, por medio de una vasta correspondencia, pusiéronse en comunicación con intelectuales judíos de diversos países. Más o menos rápidamente surgieron partidos socialistas nacionales, con jefes neo-mesiánicos, quedando la dirección internacional en manos de Marx y Engels.

Lassalle y luego Singer organizaron el socialismo alemán; Neumayer, Víctor Adler y Aaron Liebermann, el socialismo austríaco; Fribourg, León Franckel

y Haltmayer, los primeros comités franceses de la Internacional; James Cohen, el partido socialista danés; Kahn y Lion, el partido obrero de los Estados Unidos etc. En cada país, el papel de líder, desempeñado por israelitas, parecía resultado espontáneo de personales convicciones; fue necesario que pasara algún tiempo para facilitar una vista de conjunto y descubrir que esas vocaciones, independientes a primera vista, eran efecto de una dirección misteriosa, cuidadosamente organizada.

Sólo en París pudo darse comienzo a este trabajo enorme. Desde que Karl Marx dio color en la *Gaceta Renana,* era objeto de una vigilancia especial, de parte de la policía prusiana. Su correspondencia, interceptada, inquietó al gobierno que exigió su expulsión de Francia y la consiguió, a pesar de la intervención de Enrique Heine. Karl Marx, acompañado de su inseparable Engels, salió para Bruselas y poco después fijó su cuartel general en Londres. Sabido es que el gobierno de Inglaterra otorgaba una protección liberal a los proscritos de toda especie, con la condición de prescindir de toda propaganda entre sus súbditos; así es que Karl Marx pudo apresurar, sin traba alguna, la organización del naciente comunismo.

La correspondencia de esta época de su vida ha sido cuidadosamente expurgada por su yerno, Carlos Longuet, de manera que sus biógrafos, engañados por su actitud de economista, absorto en trabajos de biblioteca, han podido creer que durante veinte años se abstuvo de toda actividad política directa. Señalan a lo más su participación incidental en el congreso obrero celebrado en Londres, el año de 1847, durante el cual, en compañía de Engels, lanzó un manifiesto en que exponía las doctrinas comunistas, retirándose luego a la vida privada, hasta que se verificó el célebre mitin de Saint Martin's Hall. Muy distinta es la verdad histórica. Durante esos veinte años, Karl Marx se entregó a una formidable actividad revolucionaria y en dos ocasiones tomó parte en movimientos armados.

En 1846 estalla en el Gran Ducado de Baden, una insurrección republi cana en que figuran algunos de sus adeptos; avisado de antemano, acude Karl Marx, acompañado de Engels. Ambos trabajan en convertir en revolución so cial una tentativa netamente política. Fracasa el movimiento; los insurrectos vencidos deponen las armas; Marx y Engels ya han desaparecido de la escena; provistos de pasaportes falsos han cruzado la frontera y vuelven a Londres.

En 1848, la Segunda República francesa está a punto de zozobrar, du rante "los días de junio"; el motín tiene un carácter claramente socialista. Karl Marx está en el teatro de los acontecimientos y toma parte en los conciliá bulos que se celebran en el cuartel de los insurrectos. De tener éxito el movi miento, París hubiera presenciado, veintidós años antes, los horrores de la Comuna. Pero Cavaignac apaga la insurrección. Karl Marx, hecho prisionero, corre peligro de ser fusilado o deportado, como otros muchos. Interviene En rique Heine, responde de su inocencia y le sustrae al Consejo de Guerra. ¿ Quién podía dudar de la sinceridad del poeta romántico? Se le confina en el Morbihan y pocas semanas después, provisto de pasaportes falsos, logra eva

dirse y vuelve a Inglaterra. Se ve que el ratón de bibliotecas, que pintan sus biógrafos, sabía ocasionalmente mudarse en ratón de campo .

¿De qué medios se servía Karl Marx para comunicarse con los conspiradores republicanos y socialistas? ¿Cómo preparaba sus correrías por el continente? ¿ Quién le fabricaba los pasaportes falsos (industria que siguen ejerciendo con amor los bolcheviques) de los que se servía para pasar las fronteras y esfumarse en caso de necesidad? Esto lo veremos en la segunda parte que trata del comunismo secreto antes del mitin de St. Martin's Hall, y luego del comunismo público.

CAPITULO II

La habilidad suprema de Karl Marx, había consistido en suplantar a Arnoldo Rüge en el mundo de los comités secretos de la Joven Alemania sin que éstos se diesen cuenta de la sustitución llevada a cabo. La nueva doctrina , socialista y comunfta, expuesta primero en los *Anales franco-alemanes,* y después en las cin-uiares del comité central, había suplantado a la antigua, republicana y (.-mocrática, como un licor más fuerte reemplaza en un frasco al que antes le llenaba. Para los adherentes alemanes, que no miraban sino a..1 contenido, nada había cambiado, puesto que los comités eran los mismos, y la dirección suprema parecía privada únicamente de Arnoldo Rüge. Pero par a Karl Marx por el contrario, era una gran victoria; decenas de millares de cristianos de origen, se habían convertido en dóciles e inconscientes agentes de los fines secretos de la secta.

La prudencia exigía de los vencedores el no comprometer los resultados adquiridos, trastornando de un día para otro la organización que habían conquistado. Marx estimaba en poco la técnica conspiradora de Mazzini organizador de la Joven Europa de la cual la Joven Alemania no era sino una sección; la reprochaba el encerrar la propaganda revolucionaria en las criptas sin comunicación con el exterior. De ello resultaba una agitación sorda, atentados, a veces algún golpe de audacia pero jamás un movimiento popular de alguna amplitud. Lleno de confianza en sí mismo, Marx había imaginado otra método de agrupación y de acción que aplicó más tarde cuando hubo creada la Internacional. Pero le era imposible tratar, desde luego, de imponerlo a los comités secretos alemanes, tan recientemente anexados, sin que hubiera el peligro de desorientarlos. Así, en un principio se abstuvo de salir de los carriles seguidos por el carbonarismo.

Fue así una organización carbonada, y nada más, la que dirigió Marx en la época de sus expediciones de insurrección por el continente (Gran Du cado de Baden 1846, y las jornadas de junio de 1848 en París). Presenta en efecto, los caracteres esenciales del carbonarismo, partido ilegal, obligado a luchar contra todas las policías de Europa; pequeñas agrupaciones, reclutadas con gran misterio, existentes unas junto a otras e ignorándose mutuamente. No comunicaban con la organización, sino por medio de un solo miembro, el jefe de cada grupo, designado por los de arriba y no elegido por sus camara das. Un Comité Supremo, desconocido por todos, estaba en relaciones con

cada jefe de grupo por medio de un corto número de agentes de unión. Ninguna propaganda exterior, que llamara la atención de la policía sobre tal o cual miembro, y por su medio sobre el grupo entero de que formaba parte; la propaganda se hacía por medio de los periódicos inspirados por los jefes de la secta. Fin inmediato propuesto a los miembros; tal o cual atentado contra algún enemigo notorio de la Revolución, de lo que provenían frecuentes asesinatos. Fin general: preparar el levantamiento armado, que echaría abajo al gobierno que pusiera obstáculos.

Todos estos caracteres, propios de los grupos creados según el modelo mazziniano, se encuentran en la organización comunista de Marx, que funcionó durante cerca de quince años, de 1845 a 1860 poco más o menos, esto es durante toda la época en que los biógrafos del pontífice neo-mesiánico nos lo representan como exclusivamente ocupado en estudios económicos. Ya se sospechaba que esa separación aparente de la política activa no era sino una simple actitud de conveniencia, a juzgar por los dos intentos insurreccionales en el continente, de que acabamos de hablar. Se suponía que Marx disponía soberanamente de fuerzas misteriosas, cuando se supo que había amenazado a su rival Bakounin, nada menos que con el asesinato, si continuaba contrariando su acción. Pero el misterio estaba tan bien cimentado en torno de la vida secreta de nuestro héroe que se desesperaba de descubrir una prueba formal de su actividad revolucionaria.

Esta prueba existía sin embargo. Se la encuentra en las revelaciones de un antiguo afiliado alemán, que en 1871, al día siguiente de los crímenes de la Comuna, se decidió a escribir sus recuerdos de conspirador arrepentido. En ellas explica cómo había llegado a ponerse en contacto con los comités secretos que el comunismo contaba en Alemania hacia 1851.

Este personaje que llevó diferentes nombres, pero que en verdad se llamaba Herman Richter, fue sentenciado a prisión por la justicia bávara, por diversos actos de propaganda revolucionaria. Después de cumplida su condena en Ausburgo, se retiró a Hanau, y allí al principio del año 1851 recibió la visita de un israelita que venía de Londres, llamado Weidemayer; era un emisario de Marx, encargado de transmitirle las proposiciones de éste. Habiéndolas aceptado, Richter, tuvo conocimiento de una asociación oculta internacional, que contaba en Alemania con un gran número de secciones llamadas Comunas. El programa de los conjurados era la revolución, no solamente política, sino social, con la supresión de la propiedad privada, como primer objetivo. Los medios previstos eran una mezcla de agitación política y de huelgas obreras. La divisa de los afiliados era: ¡Proletarios de todos los países, uníos! Tal divisa había de ser la que doce años más tarde sería aclamada en el mitin de St. Martin's Hall; y es la misma de las tres Internacionales. Como se ve por estos detalles, si el cuadro de la organización era mazziniana, las ideas de la Joven Europa, habían sido sustituidas por ideas netamente marxistas.

Richter se unió al movimiento, fundó una Comuna en Hanau, y asistió en Francfort-sur-Maine, a un congreso de grupos semejantes, que existían en

la Alemania Oriental. Las indicaciones que ha dejado, permiten asentar las certidumbres siguientes, relativas a la organización de la sociedad secreta comunista, bajo esta forma primitiva:

1[1]— La conjuración agrupaba, en Alemania tan sólo, a muchos millares de individuos. Había reunido en efecto, no solamente a muchos antiguos amigos de Arnoldo Rüge, sino a los restos de una asociación socialista fundada en 1873, por un sastre Weitling, con la que estuvo en relación el propio Heine. Los miembros de ella se obligaban a hacer propaganda individual, y a estar listos para un golpe de fuerza; pero se comprometían a no hablar jamás de la sociedad misma sin autorización de los jefes. Algunas señales convenidas de reconocimiento y unión, completaban el conjunto secreto.

2[1]— Los presidentes de los grupos locales eran escogidos por la autoridad superior y no elegidos por los miembros. Se les convocaba a veces en congresos regionales, pero era ese, el solo contacto que existía entre los grupos inferiores. Las relaciones de las Comunas entre sí, o con el Comité Supremo, obligatoriamente debían de hacerse por intermedio de delegados especiales, escogidos por el Comité Supremo y frecuentemente cambiados por él. Tan sólo la personalidad de un pequeño número de esos delegados ha podido establecerse, a causa de los pseudónimos, con que se les designaba. Pertenecen ordinariamente a medios israelitas.

3[1]— La composición del Comité Supremo debía permanecer misteriosa para los mismos asociados. Se consentía sin embargo en revelar los nombres de Marx y de Engels, que estaban domiciliados en país hospitalario, y que además estaban suficientemente "fogueados" para que no hubiese peligro en descubrir su personalidad. Pero se puede conjeturar que tenían los mismos colaboradores que ya los rodeaban años antes en los *Anales franco-alemanes,* y que se encontraron más tarde a su lado, cuando la fundación de la Internacional de Trabajadores. Ese Comité Supremo, se componía de miembros de diferentes nacionalidades y tenía su sede en Londres; se reclutaba por selección y tenía ilimitados poderes para administrar la asociación.

Las revelaciones de Herman Richter, permiten darse cuenta exacta del estado de la organización comunista ocho años después del jueguito por el que Karl Marx se había apoderado de los comités secretos de Arnoldo Rüge. El cuadro carbonario en el que se continuaba desarrollando el movimiento tenía sus ventajas y sus inconvenientes. Ventajas que procedían de la fuerte disciplina impuesta a sus miembros, de su subordinación estrecha a las órdenes de los jefes, y de la imposibilidad de coger a toda la asociación en una sola redada, a causa de la separación rigurosa establecida entre los grupos inferiores, en los que de ordinario se producen las imprudencias y las traiciones. Inconvenientes que resultaban de la dificultad, para una sociedad que debía permanecer desconocida, de un reclutamiento eficaz y de una propaganda activa, cuando una sola indiscreción de alguno podía comprometer seriamente la seguridad de los inmediatos colaboradores. Inconvenientes sobre todo, del cansancio que se apodera a la larga, de unos conspiradores reducidos al silencio y a quienes los jefes no dan sino raramente la ocasión de obrar.

De hecho las policías prusiana, sajona y bávara llegaron muchas veces a arrestar a los afiliados a las Comunas y a apoderarse de papeles de importancia. Pero jamás pudieron dar a la sociedad secreta comunista el golpe de gracia, pues la naturaleza misma de la asociación no lo permitía.

No obstante, el Directorio de Londres, resolvió hacia 1860, modificar su estructura. Se trataba de conservar la dirección del movimiento, que tenía el carácter neo-mesiánico, con todas las ventajas del secreto, pero dándole al mismo tiempo las de una amplia publicidad para la organización básica, la que había de operar en los medios obreros. Cuatro años fueron necesarios para la preparación minuciosa de esta transformación, que condujo a la fundación en 1864 de la Primera Internacional, en condiciones muy diferentes como se ve, de las que ha popularizado la leyenda.

Desde 1845 la acción de Marx, se había dirigido principalmente hacia Alemania, y era natural, puesto que la conquista de la Joven Alemania de Arnoldo Rüge, le había provisto de los primeros batallones convertidos al comunismo. Pero en Londres, se esforzaba por universalizar su acción; tenía correspondencia con los grupos de tendencias comunistas constituidos en diferentes países de Europa y América, por los jóvenes neo-mesiánicos, que hemos visto evolucionar en torno de Heine. Cuando llegó el momento, todos esos grupos, formaron *block* en torno de la Primera Internacional, que nacía y constituyeron en todo el mundo, sus secciones nacionales. Así se explica el éxito prodigioso, y en apariencia espontáneo, que debía tener la nueva asociación.

No fue sino entre los revolucionarios rusos en donde Marx encontró alguna resistencia. La razón era que éstos gravitaban entonces en la órbita de una personalidad vigorosamente destacada, Alejandro Herzen, quien no adoptaba sino en parte las ideas de Marx. Instalado en Londres, Herzen estaba, como lo veremos más tarde, en relación con el pontífice del comunismo; pero afectaba considerarle como un extremista, cuyo éxito no era imposible, pero que no se produciría si los monarcas y los gobiernos rehusaban escucharle a él, Herzen. Nunca Marx pudo asimilar ni subordinar por completo a ese rival, el que terminó, como medida de conciliación, por abandonar el monopolio de la acción revolucionaria en Rusia, reservándose la del resto del mundo.

Algunas notas sobre Alejandro Herzen nos ayudarán a comprender el papel que representó al lado, o mejor dicho, al margen de Karl Marx.

Había nacido en Moscú en 1812 de un padre ruso y de una mujer judía alemana, que tuvo sobre la formación moral y la orientación de su vida una influencia decisiva. A los veintidós años, entraba en la Universidad de Moscú y hacía labor de agitación republicana. Condenado a algunos meses de prisión, se le señaló después como residencia forzosa Perm, luego Viatka y por fin Vladimir. Este último castigo era bastante suave, pues se le confió el cuidado de redactar la parte no oficial del periódico de Vladimir, órgano del gobierno. Al cabo de cinco años (1839) lo volvemos a encontrar en San Petersburgo, donde sus antecedentes revolucionarios no le impidieron llegar a secretario del conde Stroganoff, general y ayuda de campo del emperador. Desde entonces

la alta administración le abre las puertas y llega hasta Consejero de Regencia, en Novgorod. Habiendo, de este modo tranquilizado al poder sobre sus evoluciones políticas, da su dimisión en 1841, y se traslada a Moscú, en donde bajo el seudónimo de Iskander (traducción árabe de su nombre) imprime clandestinamente algunas obras de tendencia netamente revolucionaria.

La muerte de su padre, en 1846, le hace rico. Realiza la mayor parte de esa fortuna, y obtiene sin dificultad alguna, la autorización de viajar por el extranjero. No volvió más a Rusia.

Detúvose primeramente en Berlín, y su primer cuidado fue el ponerse en contacto con Leopoldo Zunz, uno de los fundadores de la "Unión de los judíos por la Civilización y por la Ciencia", corresponsal y amigo de Enrique Heine, el inspirador de Marx. Zunz que murió hasta 1886, tenía entonces 53 años y era director de la Escuela Normal Judía de Berlín, ejerciendo así una influencia considerable sobre toda la intelectualidad israelita. Sus conversaciones imprimieron en el espíritu de Herzen una huella indeleble; hasta entonces no había sido sino un socialista sansimoniano; conviértese entonces en neo mesiánico, es decir, en un comunista en ciernes.

Sin embargo, siempre fue comunista de un modo distinto al de Marx. Para Herzen el comunismo, era un simple expediente, al que preferiría un régimen democrático subordinado a los hombres y las ideas de Israel. En un lenguaje bíblico, manifestaba al comunismo como el inevitable castigo de una Europa que no ha cesado de querer ser conservadora.

El comunismo, tempestuoso, terrible, sangriento, pasará a todo vapor. En medio de rayos y *relámpagos, a la luz siniestra de los palacios ardiendo, sobre las ruinas de las fábricas* y *las magistraturas, como sobre un nuevo Sinaí, aparecerán nuevos mandamientos, un nuevo Decálogo de rasgos brutalmente acentuados. El carácter de la agonía de la vieja Europa comienza a precisarse .. .*

Esta descripción, por haber precedido unos sesenta años, al estruendo formidable de 1917 en Rusia, parece casi profética. El tono de nabí con que habla Herzen ordinariamente del comunismo, vengador de los judíos, tiene algo de poético y desdeñoso, que no se encuentra en la obra de Karl Marx, mucho más vulgar y más íntegramente israelítica que la de Herzen. Herzen, no piensa que los gobernantes ofrecen una resistencia seria al movimiento; los considera pesadamente dormidos y descuidados de la tempestad que se avecina:

Un día algún cosaco del Don, vendrá a sacudir a esos paleólogos y *porfirogenetas, sí no se despiertan al sonido de la trompeta del último juicio de la némesis popular, que pronunciará contra ellos la sentencia vengadora del comunismo.*

De Berlín, Herzen pasó a París. Allí se encontraba en los momentos de las jornadas de junio de 1848, en las que tomó parte bajo el mismo título que Marx. Aun trató de hacer con Proudhon, lo que Marx había hecho con Amoldo Rüge; se le vio en efecto colaborar en su periódico *La Voz del Pueblo,*

en el que se hizo notable por la virulencia de sus artículos. Pero los tiempos habían cambiado, desde la reacción conservadora, que había sucedido a las jornadas de junio, y Herzen fue expulsado de Francia en 1850.

En Londres, donde se estableció para conservar el contacto con los refugiados franceses, que eran numerosos, encontró de nuevo a Marx. El contacto entre ambos no fue absolutamente cordial. Los dos hombres no estaban de acuerdo acerca de la elección de la nación que se había de conquistar primeramente.

Marx, quería lanzar sobre Francia el primer esfuerzo de la propaganda que debería hacer de la que fuera el sargento de Jesucristo, el soldado del comunismo en el mundo. Apoderarse ante todo de esta gran nación, siempre fácil a sufrir el ascendiente de los ideólogos, servirse de ella como de un ariete, para abrir brecha en los pueblos vecinos e imponerles el ideal comunista, tal era su plan conforme a la tradición revolucionaria. Poco importaba que la nación-ariete saliera de tal empresa dislocada, y que perdiera en la lucha lo mejor de su ser; sería la materia vil que había servido a tributar a otra materia no menos vil . . . Así obró la francmasonería lanzando al asalto de Europa a la Francia de la Revolución. Así obran hoy los Soviets con la Rusia y sus 140 millones de esclavos. Si Francia no hubiera tenido a otro que a Marx, si la Comuna de 1871 hubiera triunfado, hubiera sido Francia el instrumento ideal entre las manos del comunismo naciente.

Herzen por el contrario, no creía que Francia fuera un terreno propicio para la revolución social, ni tampoco Alemania; tenía a una y otra nación por esencialmente conservadoras y aun feudales. Rusia por el contrario le parecía la que debía escogerse para la iniciación del movimiento que había de trastornar al mundo, y esto porque su población campesina era la más atrasada de Europa, y por consiguiente la más propensa a ilusionarse y rebelarse. El absolutismo de los zares, no le parecía como un obstáculo insuperable para una revolución; concentrado en las manos de un solo hombre este poder formidable podía fácilmente ser desarmado en un momento de debilidad o de duda, por una generosidad irreflexiva, o por otros medios que se encuentran más raramente en una colectividad dirigente organizada que no en una autocracia.

Por todas estas razones, Herzen había fundado en Londres, en 1851, una imprenta revolucionaria en lengua rusa, de la que salían continuamente opúsculos y hojas subversivas. Se publicaban allí principalmente dos revistas La *Estrella Polar* y *La Voz de Rusia.* Por procedimientos análogos a los que vimos emplear para la difusión en Alemania de los *Anales franco-alemanes* de Rüge, estas revistas eran llevadas a Rusia y distribuidas secretamente. Tenían un carácter menos abiertamente comunista que los escritos de Marx, y se debía a que Herzen pensaba que no era conveniente mostrarse .muy doctrinario, a fin de no dejar escapar a ningún descontento, y había muchos descontentos en Rusia, en todas las clases y principalmente en la Corte. Así Herzen afectaba decir al Poder, de un modo conciliatorio: "Si no nos das la libertad, vendrá el comunismo".

Tal divergencia de opiniones no permitió a Herzen colaborar con Marx en la fundación de la Primera Internacional. Así Rusia, a pesar de su pobla ción israelita abundantísima, fue durante mucho tiempo extraña al movimien to marxista. Sólo treinta años más tarde se vio a algunas cabezas rusas apasio narse por la teoría del verdadero valor. Es cierto que después se recuperó con creces del tiempo perdido.

Una correspondencia publicada por el periódico La *Prensa* de Viena, bajo el título de *"Una reunión socialista",* arroja viva luz sobre el medio en que vivían en Londres, por esta época Alejandro Herzen y Karl Marx. Pinta a este último al natural, y permite juzgar de la ferocidad de sus proyectos políticos y sociales. Ya no se sorprende uno, después de haber leído aquello, cuando se sabe que Marx había conscientemente preparado las atrocidades de la Comuna, y que se atrevió a hacer la apología de sus asesinatos e incendios. He aquí la traducción de aquel texto, visiblemente redactado, por un testigo imparcial:

"Había yo conocido en el Strand en Londres, al desterrado ruso Golowine. Este había recorrido medio mundo, poseía variados conocimientos, hablaba casi todas las lenguas de Europa, y con excepción de una sola cosa era un compañero muy agradable. Esa excepción era la política, y especialmente la política socialista. Tan pronto como se le tocaba este punto, se convertía en lo que en Francia se llama un *toqué,* en Londres un *cracked,* en Viena un *angebrent* y en Berlín un *verrückt.* Golowine no temía decir que la revolución social no podía salir sino de Rusia, el país en donde hay menos ciudades en comparación con la inmensa extensión de su territorio, donde el pueblo está menos corrompido por *'la civilización'* y en donde el espíritu de la Comuna es vivaz y mejor conservado. Pero tratando de esto, Golowine se volvía inagotable ... y prontamente fastidioso.

"Cierta tarde, me preguntó si no quería acompañarle a la casa de Herzen. Le respondí que no lo conocía. No importa, me dijo, aquí tengo varias tarjetas de invitación; que sea una para usted. Pero váyase un poco a arreglar su `toilette'. Es que habrá también señoras, replicó Golowine y se les debe tener atenciones.

"Las inglesas sobre todo son muy formalistas en este punto.

"Llegamos a Putney donde vivía Herzen. Recibía en su salón a todas las celebridades de la República social, y a los desterrados políticos de todos los países. Francia estaba abundantemente representada. Luego venía Rusia, lue go Alemania e Italia. Finalmente se encontraban algunos republicanos ingle ses, restos de los cartistas de 1848.

"Bajamos delante de un elegante chalet, cerca de los jardines de Kew. Un lacayo nos abrió las puertas de un vestíbulo cubierto de tapices orientales y adornado con flores exóticas. Una escalera de mármol también cubierta de tapices, conducía al primer piso. Allí un *maitre d'hotel* de guantes y corbata blanca, nos hizo entrar en un salón que estaba lleno de *gentlemen* y *ladies.* El dueño de aquella morada se separó de un grupo para venir a recibirnos.

"El líder socialista ruso, de corta talla y muy fornido, llevaba una larga cabellera 'a lo artista'. Su rostro denotaba inteligencia, pero también cansancio. Su mirada parecía dirigirse a lo lejos y tomaba a veces una expresión salvaje que hacía pensar en los bandidos de las estepas rusas.

"La morada de Herzen ofrecía un extraño contraste con sus principios comunistas y tenía un sello completamente aristocrático. En todas sus piezas, tapices preciosos, espejos magníficos, cuadros de valor y objetos de arte. Más notable era el contraste entre esta elegancia y una parte de la sociedad que ocupaba sus salones.

"Entre los emigrados franceses, se me hizo notar a Luis Blanc, Ledru-Rollin y Edgard Quinet; encontré igualmente al alemán Karl Marx, quien tomó después como se sabe, gran parte en los acontecimientos de París, (la Comuna). Marx se ocupaba entonces de una sociedad secreta de obreros, que abarcaría a toda Europa y los Estados Unidos (la Primera Internacional). Pasando del gran salón a una pieza contigua, oí una voz que hablaba en tudesco. Era Marx, que en compañía de varios alemanes de apariencias dudosas, se regalaban con *pale ale* puesta liberalmente a su disposición por Herzen. Pude oir entonces las frases siguientes, que lanzaba con extraordinaria vehemencia:

Ved, amigos, aquí tenemos todas las penas del mundo para atraer a los obreros ingleses a nuestro común ataque. Estos gruesos obreros ingleses, atas cados de beefsteack, están enraizados en sus tradiciones conservadoras. Y *sin embargo, es de Londres, de donde debe partir la avalancha para caer sobre Francia. El que dudara ante las medidas "externas" para realizar el Estado Socialista, no tiene más que* ir *a Roma para hacer* un *retiro en algún convento. Se dice: "guerra a los palacios, paz a las cabañas". Pues bien, estas palabras no tienen sentido. La idea socialista, si quiere triunfar, debe desarraigar todas las plantas parásitas, que han echado millares de raíces en la sociedad,* y *debe arrojarlas al fuego. Ahora bien, los palacios no son sino* una *ínfima parte ciel infame edificio capitalista; la gran carnicería donde se degüella a los obreros por millares, son las ciudades. El socialismo racional, radical, no puede* ni *debe dejar subsistir una sola ciudad. En su lugar estableceremos, el reparto de tie rras, una igual cultura* y un *bienestar igual para las familias. Los restos de las ciudades, fertilizarán maravillosamente los campos socialistas.*

"¡Está completamente loco! dijo un inglés al salir de la pieza donde Marx peroraba con una vehemencia que tenía mucho de frenesí.

"En cuanto a mí no volví a pensar más en aquellas palabras insensatas, hasta que el incendio de París y las otras hazañas de la Comuna me recordaron después los siniestros propósitos que escuchara de labios de Marx, años antes, en el salón de Herzen".

"Es de Londres de donde debe partir la avalancha para caer sobre Fran cia". Cuando pronunciaba estas palabras, Marx tenía todo preparado para la

creación en Londres, en el mitin de Saint Martin's Hall, de la Asociación Internacional de Trabajadores. Naturalmente pensaba conservar en sus manos las palancas directivas allá en Inglaterra, pero destinaba el organismo nuevo a la conquista de Francia, de la que quería hacer el soldado de la Revolución social.

Pero también en el continente había dispuesto Marx todo; y ya veremos la seguridad de mano con que fue dirigida toda la intriga marxista, la simplicidad de los medios empleados y la perfección de la superchería que hizo fallar al gobierno del Segundo Imperio, al que se consideraba entonces como el adversario más rudo y desconfiado de la idea revolucionaria. Si la maniobra de Karl Marx fracasó, no obstante, en 1870 y 1871, fue en consecuencia de circunstancias de hecho imposibles de prever; pero no por eso deja de ser una obra maestra en su género, como las maniobras de Austerlitz, lo son en el suyo.

Sería un error creer que el obrero francés, por los años de 1860 ofrecía un terreno bien preparado para la propaganda comunista. Es difícil imaginarse hasta qué punto su mentalidad había permanecido sensata y sana. Sin duda ya hacía tiempo que existía una "escuela socialista" francesa; pero ¡qué diferencia entre los sueños pacíficos de sus adeptos y el furor destructor de los marxistas! Un Cabet podía, al escribir el *Viaje a Icaria,* hacer el elogio de la propiedad colectiva; pero su sola ambición era probar la superioridad de este sistema, yéndose a fundar a América en un antiguo campamento mormón, una colonia con sus adeptos. Su fracaso lo desoló, porque era profundamente sincero; pero ni la expoliación ni la violencia entraron lo más mínimo en sus planes. Ya se puede imaginar lo que le hubiera disgustado a este ideólogo sincero la dictadura del proletariado.

La misma sinceridad y la misma ausencia de concepciones violentas tenía Buchez, uno de los discípulos disidentes de Saint-Simon. Y sin embargo era un carbonario de origen, un insurgente de 1830. Cuando fundó en 1831 la *Asociación obrera,* y el periódico *El Europeo,* tenía por fin, no echar por tierra la antigua organización social, y anegarla en sangre, sino hacer la experiencia de otro sistema, para ver si era factible. Al contrario de Cabet, fue en Francia misma, donde Buchez, quiso establecer los talleres sociales, en los que todos los trabajadores, cualquiera que fuese su oficio, serían iguales y tendrían el mismo salario. Trató de realizarlo en la *Asociación de obreros carpinteros,* fundada el 30 de septiembre de 1831, de la que él mismo redactó los estatutos, que sirvieron después de modelo, para otras corporaciones.

La asociación pretendía llegar a ser única para Francia, y absorber poco a poco, por vía de adhesiones personales, el ejercicio de la profesión. Sus fun dadores persuadidos de que ellos producirían mejor y más barato que los car pinteros asalariados del sistema capitalista, esperaban el momento en que la libre concurrencia de su cooperativa obrera, obligaría hasta el último patrón carpintero a pedir un lugar entre sus antiguos obreros. Entonces la profesión organizada, poseería la totalidad del instrumento del trabajo, lo que en la ter minología de Buchez, designaba los útiles, máquinas, bienes muebles e inmue bles, y aun los capitales. Porque lejos de suprimir estos últimos, los estatutos

redactados por Buchez preveían la formación de un capital impersonal e inalie nable, obtenido por un descuento sobre los salarios pagados a los obreros aso ciados. Sin pensarlo, la concepción del carbonario de 1830, reproducía con esto una de las características de la corporación del antiguo régimen. Y se acercaba a ella en el sentido de que fuera del taller, el obrero debía de que dar libre y disponer a voluntad de su dinero.

Lo que no había visto Buchez, era el vicio fundamental del sistema. No tardó en revelársele; la falta de autoridad de jefes escogidos, engendraba en los talleres discusiones incesantes; su incompetencia administrativa produjo costosas equivocaciones; la prohibición del trabajo a destajo y el salario igual para todos, desanimaron a los obreros y redujeron la producción. En lugar de producir mejor y menos caro que los patronos carpinteros, como se había pensado, se produjo menos y más caro; los salarios, primero iguales a los de los obreros patronales, debieron en consecuencia reducirse. Cuando la diferencia de remuneración se hizo sensible, los obreros asociados se descorazonaron, y abandonando el taller social volvieron al asalariado.

Los años que siguieron vieron la disolución de las corporaciones formadas según el modelo de la *Asociación de obreros carpinteros.* Siempre las mismas causas engendran los mismos efectos, y los oradores de taberna, elegidos como administradores, se encontraron inferiores en competencia profesional a los patrones, aun los más insignificantes. Algunas malversaciones acabaron por producir la desconfianza y el pánico entre los obreros asociados. Así pues hacia 1836, la experiencia podía considerarse como terminada: los famosos talleres sociales pasaron a la historia .. .

Solamente la *Asociación de joyeros doradores* resistió y vivió treinta y un años. Cuando se examinan las razones de tal longevidad, se viene a caer en la cuenta de que dependió del reclutamiento de los miembros de esa sociedad, que no admitía en su seno, sino hombres de espíritu muy religioso; el trabajo comenzaba con la oración en común. De suerte que no hay lugar para sorprenderse, porque la disciplina moral sustituía a la patronal, y así no hubo ni querellas intestinas, ni pereza sistemática, ni malversaciones. Pero la asociación, precisamente por su carácter religioso, no pudo nunca ser muy numerosa. Fundada en 1834, con cuatro miembros, no contó jamás con un número superior a diec.,ocho y acabó con ocho miembros. Desesperado de su aumento, los socios se dividieron entonces los fondos sociales y se separaron.

Una duda subsistía sin embargo en los espíritus: entre el régimen patro nal por una parte y las asociaciones obreras por otra, la partida no había sido igual. Por un lado se encontraban capitales importantes y por el otro simples cotizaciones de obreros; ¿quién sabe, se preguntaban, si con algunas dotacio nes convenientes, no se hubiera hecho inclinar la balanza del lado de los ta lleres sociales? Partiendo de esta idea, Corbon, un discípulo de Buchez, ele gido miembro de la Asamblea Constituyente de 1848, pidió a ésta una subven ción a los obreros deseosos de crear cooperativas de producción. La asamblea votó tres millones de francos, cuyo poder adquisitivo estaría representado hoy por diez millones de francos oro, o cincuenta millones de francos papel. Encar